E L B U E N G E R A R D O

Aventura de un mercader navegante, que compró en el Oriente
una reina con doce caballeros

EL EMPERADOR OTTO CONSTRUYE UNA CATEDRAL Y ES
INFORMADO DE LAS HAZAÑAS MAS GRANDES DEL BUEN GERARDO

Hace mucho tiempo, Alemania fue gobernada por un emperador muy poderoso, superior a todos los otros príncipes por su fuerza y su dignidad. Su nombre era Otto y, por su barba roja lo llamaron "El Emperador Rojo". Sólo pensaba en la paz y en la justicia de su reino; quería mantener el orden y las buenas costumbres y seguir la ley de Dios. A su lado estaba su esposa Ottegebe, compañera querida, que se dedicaba a obras buenas: consolaba a los pobres y los ayudaba en todo. Ambos cumplían con la voluntad de Dios y se amaban el uno al otro.

Un buen día, la reina aconsejó a su esposo que empleara su gran riqueza en la construcción de una obra de amor, para agradar a Dios y servir a los hombres. El rey lo meditó larga y profundamente, llegando a la conclusión de fundar un arzobispado. A tal fin donó tierras y bienes, dió gente y lo resguardó mediante una ciudad con castillo. Decidió que el sitio fuera Magdeburgo, situado a orillas del río Elba, donde hoy se levanta una ciudad grande y poderosa.

Muchos príncipes llegaron a ese lugar, querían servir con su fuerza y su vida, con su gente y sus bienes a Dios, y a la Iglesia. Sus hijos fueron consagrados sacerdotes y canónigos. El arzobispo mismo fue declarado príncipe con el derecho de tomar parte en las elecciones de los nuevos emperadores. Y para honrar su obra aún más, el emperador se declaró a sí mismo "siervo" de la fundación. De igual modo hicieron gran cantidad de los príncipes y condes.

Pronto se conoció el arzobispado en todo el país y todo el mundo dió gracias y rindió honores al emperador. Con esto, el emperador fue tan feliz, que su corazón se llenó de orgullo y arrogancia. Se imaginaba: si ya los hombres me aclaman tanto por esta obra, cuanto mayor será el respeto que me tiene Dios. Nadie en el mundo le ha regalado una obra semejante.

Pensando en esto, entró un día en la nueva catedral para orar. Se arrodilló delante del altar y dedicó una oración larga a Dios. Rogó que el Supremo, Hijo de Dios le hiciera saber que recompensa le daría por todo lo que había hecho.

Sonó la voz queda de un ángel que dijo claramente:

- Dios en su bondad te ha regalado poderes grandes en este mundo, te ha dado vida, honores y riquezas. Has obrado sabiamente al dedicar gran parte de tu riqueza para honrar a Dios. Por esto, te fueron otorgados elogios y gloria en el mundo. También en el cielo te fue prevista una silla de honor, pero ésta la has perdido por tu vanidad. Todo lo que has hecho no tiene valor ante Dios; por lo tanto la alabanza del mundo será tu recompensa. Dios no exige hechos de gloria; El sólo mira un corazón limpio que no busque recompensas. Si hubieras actuado tal como lo ha hecho un simple comerciante, que ni tiene la dignidad de príncipe; verdaderamente hubieras sido bueno y sabio, y tu nombre sería inscripto en el libro de la vida.

El Emperador se asustó mucho por estas palabras y se preguntó: "¿Cómo puede ser que un simple comerciante hubiera servido mejor a Dios que yo? Me gustaría mucho conocer su nombre, para aprender más de sus obras."

Pronto respondió la voz:

- ¡Te será satisfecho tu deseo! El hombre que ha obtenido la recompensa celestial por sus hechos es el Buen Gerardo de Colonia, quien es tan rico, tan piadoso y tan humilde que todo el país lo llama "El Bueno".

Muy sorprendido preguntó el Emperador:

- Entonces... ¿Qué ha hecho que ha merecido este nombre de honor?

- Si quieres saber esto ve tu mismo a buscarlo y ruégale que te lo diga, respondió la voz.

¿No bastaría acaso enviar a un mensajero? Pensó para sí el Emperador.

- Podrás estar satisfecho si él mismo te cuenta algo de su vida, cuando estés a su lado. No va a contar nada a un mensajero, porque es muy modesto. Te darás cuenta que él ha servido mejor a Dios que tú. Y la voz del ángel calló.

El Emperador se levantó y fue a su casa callada y pensativamente. Lo que había escuchado no lo dejó en paz y resolvió emprender el viaje hacia Colonia a la mañana siguiente, en forma secreta, acompañado únicamente por un séquito pequeño, para hallar a ese hombre maravilloso y aprender algo más concreto de los hechos de su vida.

Envió un mensajero ante el obispo de aquella ciudad para comunicarle su llegada e informarle que quería consultarlo por un asunto de importancia. El obispo se alegró, era un honor recibir tal visita y preparó con todo esmero el recibimiento del huésped imperial.

Montó a caballo para encontrarlo y saludarlo, acompañado por una multitud de caballeros y ciudadanos.

Sonaron las campanas de la ciudad y todos los habitantes saludaron con gran alegría.

Ya en la casa del obispo, éste preguntó humildemente al Emperador porqué había llegado con un séquito tan pequeño, así tan repentinamente, y en qué el le podía servir.

Respondió el Emperador:

- Me trajo una profunda preocupación interior y le quiero pedir su consejo. para ello necesito de sus ciudadanos, a los que quiero consultar y usted, Señor Obispo, me puede ayudar.

Llamé a todos que se reúnan mañana, en los patios de su casa, en el momento en que suenen las campanas; que lleguen todos, pobres y ricos, jóvenes y viejos.

El Obispo prometió seguir las órdenes inmediatamente. Envió mensajeros por toda la ciudad anunciando a los ciudadanos la voluntad del Emperador.

Todos se asombraron. Se prepararon para el día siguiente, buscaron sus mejores trajes para presentarse en forma digna ante el Emperador. Mientras tanto, el Obispo ofreció a su huésped las mejores comidas y bebidas. Después todos se acostaron.

Al día siguiente, luego de la misa de madrugada, sonaron todas las campanas del palacio episcopal.

Los ciudadanos se presentaron en el gran patio, caminaron dignamente, sin afán ni empujones, primero los viejos, después los jóvenes; formados en fila saludaban al Emperador con respeto, quién estaba sentado en una silla sobre un estrado y agradecía a todos amablemente. A su lado, un poco más abajo, estaba sentado el Obispo y saludaba también a los que llegaban. En su interior el Emperador pensaba en el hombre por el cual había viajado hasta allí y con sus ojos buscaba a uno que sobresaliera por su porte entre la multitud. Pronto vió a un hombre alto, ya de años, con una presencia muy digna, de cabello y barba grises, de vestido rojo-escarlata y de abrigo blanco, adorando con cibelinas y armiño, llevaba anillos preciosos en su mano y piedras muy valiosas brillaban en su cinturón. Todos trataban con deferencia a este hombre, se levantaban delante de él cuando pasaba por las filas saludando respetuosamente.

El Emperador se dirigió al obispo y le preguntó en voz baja, quién era ese hombre, que parecía ser tan digno de honores. Respondió el Obispo:

- Ese, en verdad, es un hombre bueno y de muchas virtudes; desde la infancia ha conservado su corazón puro. De él nunca se pudo decir nada malo. Lo llaman el Buen Gerardo y con razón es conocido y honrado por doquier.

El Emperador escuchó esto con alegría y dijo:

- Ya, anteriormente, me hablaron de él, me alegro de verlo.

Se levantó y dirigió la palabra a la asamblea:

- Señores, he llegado a esta ciudad para pedirles consejo, es un asunto que me causa mucho pesar.

Todos prometieron con gusto que le servirían, tan bien como les fuese posible.

Siguió el Emperador:

- Entonces preguntaré primero a uno de ustedes, antes de dirigirme a todos. ¿Están ustedes de acuerdo?

Se declararon dispuestos a ello y el Emperador se dirigió al Buen Gerardo y le pidió apartarse para una conferencia. Como Gerardo estaba muy asustado se negó y dijo:

- "Señor Emperador, yo no soy tan sabio, no me será posible darle consejos acerca de los problemas del Imperio."

Pero el Emperador no se dejó impresionar de ningún modo, con lo que había dicho Gerardo, sino que condujo a éste hacia una sala separada, lo hizo entrar y cerró las puertas.

El se sentó y pidió al mercader que se sentara a su lado; sin hacer caso a la resistencia humilde de éste. Gerardo tuvo que sentarse a su lado. Después el Emperador dijo:

- "Querido Gerardo, toma en cuenta el hecho de que yo llegué expresamente para verte a tí."

Muy asustado respondió:

- "Esto no me parece justo, porque yo no lo merezco. Si realmente quería oír mi consejo ¿Porqué no envió a un mensajero? Yo hubiera hecho enseguida el viaje hasta el lugar."

- "Pero, es así que yo he llegado por tí", exclamó el Emperador, "y te ruego respondas fielmente a mi pregunta: ¿porqué te llaman el Buen Gerardo? ¿qué es lo que has hecho?, debe ser algo grande a los ojos de Dios, para merecer semejante nombre."

- "Oh, Señor", respondió Gerardo, "les gusta a los hombres dar apodos a los que tienen que tratar con frecuencia. Eso es lo que me ha pasado. No puedo decir precisamente porqué me llaman "Bueno", no he hecho nada tan importante que merezca este nombre de honor. Sólo he hecho muy poco, hasta cuando tenía voluntad de hacerlo, aún en estos casos fui demasiado débil o demasiado perezoso, para hacer lo que me había propuesto. He dado pan seco y vestidos viejos a los pobres que llegaban a mi puerta, mis oraciones han sido breves y, a veces, las olvidé del todo. En realidad este sobrenombre no me corresponde."

- "No", respondió el Emperador, "a mí no me parece bien esta respuesta, tienes que explicarme más cosas. Sé que has hecho cosas grandes en honor a dios, cuéntame."

- "Haz el favor de perdonarme", rogó éste, en forma muy modesta.

Pero el Emperador no cedió, y al fin, le ordenó en forma severa que se explayara.

En su corazón, el hombre piadoso clamó insistentemente a Dios:

- "Oh, Señor, mi Dios, ¿Tengo que obedecer la orden del Emperador y contar lo que quizás haya hecho de bueno?"

- "Perdóname si ahora cuento cosas bajo la imposición del Emperador no lo consideres como ansias de gloria personal."

Cayó de rodillas de modo que su cuerpo se inclinó delante del Emperador y su corazón ante Dios, pidiéndole que perdonase esta culpa y ofreció al Emperador un regalo de mil ducados para que lo librase del deber de contarle eso.

El Emperador se maravilló aún más y reconoció en su interior que este sencillo comerciante delante de Dios se encontraba más puro y más piadoso que él mismo con todo su poder y con toda su magnificiencia imperial.

Pero aumentó su deseo de saber lo que Gerardo no quería contar. volvió a rogarle que le narrara su vida y sus acciones y, al fin, el hombre modesto cedió y empezó su relato.

EL BUEN GERARDO CUENTA AL EMPERADOR SOBRE UNA COMPRA RARA HECHA EN EL PAIS DE LOS PAGANOS

Mi padre era un mercader, al igual que yo lo soy. Cuando murió se pusieron tristes todos los que lo habían conocido como hombre honrado y piadoso. Por su inteligencia, había ganado en la vida muchos bienes, y yo como hijo único, heredé todo. Era tan rico que me hubiera alcanzado para toda mi vida. Sin embargo, me esforcé por ganar más riquezas, no para mí mismo, sino para mi querido hijo, que me había dado Dios y quien creció, con gran placer para mí, inteligente y piadoso. Yo tenía el deseo de que más tarde lo llamarían "Gerardo rico", igual como habían llamado a mi padre.

Por tal motivo, quería hacer un gran viaje de negocios para lograr mayores bienes.

Cedí a mi hijo una gran parte de mi fortuna con la que podía vivir cómodamente. Tomé cincuenta mil ducados para comprar mercancías que prometían buenas ganancias en países lejanos y paganos; preparé el barco, y lo equipé con suficientes alimentos y bebidas y tomé a mi servicio buenos marineros. También tomé un escribiente clerical que tenía los deberes de celebrarnos los servicios religiosos y llevar mis libros de cuentas durante el viaje.

Cuando estuvo todo preparado partí y llegué a Prusia, Livonia y Rusia, donde cambié pieles de cibelina por mi mercancía. De allí viajé al país de los Sarracenos y llegué hasta Damasco y Nínive, donde compré telas preciosas, de las cuales esperaba grandes ganancias. Hasta allí todo me fue bien, según mis deseos, de modo que muy contento emprendí el viaje de regreso. Pero ahí cambió mi suerte.

Se levantó una tormenta terrible en la que durante doce días y doce noches, nuestro barco quedó a merced de las olas furiosas. Nos pareció que había llegado el fin de nuestros días.

Al décimo tercer día, cedió la tempestad y vimos montañas altas y desconocidas a las que tratamos de llegar para hallar un lugar de descanso. Nos sentimos seguros, pero no sabíamos adonde habíamos arribado.

Envié a un hombre a subir a la serranía para investigar qué tierras se hallaban más allá. Cuando regresó, nos informó que detrás de las montañas había un país grande, bien cultivado y que, en estrellado, no muy distante de nosotros, a orillas del mar, se podía ver una ciudad, bien fortificada, con torres altas del tamaño de nuestra buena ciudad de Colonia. Un lado era bañado por el mar, por el otro pasaba un río ancho y navegable que llegaba hasta las fosas del fuerte. Altos muros estaban construídos alrededor de la ciudad para darle protección. Entraban a ella tres vías anchas, en las que se veían transitando numerosos comerciantes, en carros, caballos y camellos, cargados con sus mercancías. Desde el mar llegaban numerosos barcos cargados con bienes de toda clase. Dijo el marinero que nunca había visto en su vida tal remolino de vida y agitación en una ciudad.

Después de haber oído esto, resolví enseguida viajar hacia ese lugar, indicándome el marinero dirección y camino.

Encontramos todo según el informe del hombre. Los habitantes de la ciudad eran paganos, pero nos saludaron amablemente de modo que pronto perdimos todo miedo y recuperamos el ánimo después de todos los peligros pasados. Yo estuve buscando a una persona a quien confiar le el barco y que nos pudiera brindar escolta segura, amparo y ayuda en ese país desconocido. Pronto ví a un hombre alto y muy respetable, acompañado por servidores y caballeros, a quien en su dominio todos cedían el paso con respeto. Este gesto demostraba que este hombre sería un príncipe poderoso de esa tierra. Quise pedirle ayuda y con tal intención me acerqué e incliné con respeto. Me agradeció muy cortez en su lengua pagana pero inmediatamente se dio cuenta de que yo no le entendía sus palabras. Entonces me preguntó si yo tal vez dominaba el francés. Cuando contesté afirmativamente, ya que conozco bien Francia y su idioma, me preguntó si yo era francés o de qué otro lugar procedía y con qué intención había llegado a su patria. Dije ser un comerciante, llegado de Alemania con la intención de brindar al mercado de esa ciudad de tanta fama mi mercancía.

Al enterarse de todo esto y también de que era cristiano, me dijo:

- "Me alegro mucho de que usted haya venido de tan lejos. Les prometo que dentro de esta ciudad no les ocurrirán daños ni corporales ni en sus bienes; todo daño yo lo repondría y vengaría. Tampoco les cobraré impuestos para lo que quieran comprar o vender.

"Gracias a tí abriré una puerta a los cristianos, cercanos a esta ciudad, para que puedan comerciar libremente. Este puerto me fue otorgado por manos de mi superior, el rey de Marruecos, para su uso, y todos los buques que anclasen sin mi permiso, pasan a ser mi propiedad. También me ha dejado estas tierras... Busque un albergue que le parezca bien, allí puede vivir sin alquiler, ni impuestos durante todo el tiempo que dure su actividad en este mercado."

Muy contento agradecí su bondad. Uno de sus servidores me indicó el camino a la mejor posada del lugar, la que dispusieron según todos mis deseos. Por ellos averigué el nombre de este bondadoso príncipe, al que llamaban Stranmur y que era de ese país. Dí gracias a Dios por haberme permitido encontrar en tierra extraña a este hombre. Pronto fuimos buenos amigos.

Un buen día, Stranmur me pidió que le enseñara la mercancía que tenía a la venta. Me dio gusto hacerlo y él se maravilló por su belleza y valor. Entonces me dijo:

- "Mercancía de tanto valor no hemos visto por aquí nunca en posesión de un solo comerciante. No hay tampoco nadie quien pudiera comprar todo esto, fuera de mi persona. Si tú quieres, te enseño mis tesoros, tal vez podríamos realizar un trueque. Lo que yo poseo no vale mucho aquí, ante los míos pero en tu país posiblemente tendría mucho valor."
- "Me gusta hacer buena ganancia con mi mercancía adquirida honradamente", le respondí.
- "Yo he ganauo mis tesoros en forma honrada", me contestó. "Si, por aquí tendrían el valor que tienen en tu país, tú no me lo podrías pagar".

Cuando me llevó a su depósito, yo creí que iba a enseñarme riquezas en oro y plata, pero no fue tal; no tenía ni bienes ni tesoros. Encontré allí guardada riqueza y pobreza al mismo tiempo: ví doce caballeros maniatados de a dos, fuertemente, con cadenas, de tal manera que casi no podían moverse. Todos eran jóvenes, ninguno tenía más de treinta años y ya les salía la primera barba en los rostros nobles y pálidos, marcados de pesadillas en vez de alegría. No más tesoros se encontraban en ese cuarto, pero a mí me conmovieron mucho estos hombres bellos con su expresión muda, todavía hoy me acuerdo de ellos con dolor.

Después, mi anfitrión me tomó por la mano y me condujo a otro cuarto. Tampoco encontré allí ningún tesoro, sino un sufrimiento parecido: doce nobles hombres viejos de aproximadamente sesenta años, de pelo y barba blancos y de rostros pálidos se encontraban maniatados en el suelo.

Este cuadro dolía aún más que el de los jóvenes, porque los jóvenes podían tener aún algo de esperanza, mientras que a los ancianos se les había quitado todo consuelo y esperaban sólo una muerte próxima e irremediable.

Meditando todavía en esto, mi acompañante me condujo a un tercer aposento. Lo que se presentó ante mí me conmovió en lo más hondo: estaban sentadas quince mujeres graciosas y bellas aunque ese aspecto era borrado por sus tristes rostros. Una de ellas superaba a todas en belleza y dignidad, lo que me llenó de admiración y tristeza al mismo tiempo.

Stranmur acompañándome a otro sitio, me preguntó:

- "Después de haber visto todos mis tesoros ¿Quieres comprarlos?"
- "¿Cuáles tesoros?... Yo no he visto sino hombres pobres y miserables?"
- "A esto me refiero", dijo él, "valen cien mil marcos en rescate por lo menos. Los parientes lo pagarían seguramente si supieran su paradero."

Entonces le pregunté detalles de estos desafortunados y él me dijo:

- "¿Conoces Inglaterra?"
- "Sí, la conozco bien", respondí
- "De ese país vinieron todos estos caballeros. Partieron con su joven rey Guillermo para acompañar desde Noruega a la joven novia Irene, hija del rey Raymundo. Acabas de verla entre las quince damas nobles y seguramente la reconociste por ser la más bella de todas."

"Sus barcos fueron desviados por grandes tormentas que los condujo hasta aquel puerto que me pertenece. Así, con pleno derecho son de mi propiedad. El joven rey no se encuentra entre ellos, él viajaba con unos compañeros en otro barco, fueron separados por la tormenta y no han vuelto a reunirse con el resto. Si el novio vive seguramente estará dispuesto a pagar una suma elevada por el rescate de su novia; pero si murió, el rey Raymundo igualmente pagará por su hija y las damas."

"Sabiendo todo esto, ¿quieres arriesgar este canje? El doble premio te está asegurado en Inglaterra y en Noruega, países que son familiares y cercanos más para tí que para mí. A cambio tendrías que dejarme toda la mercancía que tienes en tu barco de otro modo no se puede hacer trato."

Nunca había hecho acuerdos semejantes y en el momento no sabía que responder. Por lo tanto, le pedí una tregua para pensar hasta el día siguiente.

Pensativo regresé a mi albergue, considerando todos los aspectos del asunto, pero no encontré ninguna solución. Tendría que cerrar yo la venta rara e incierta o tendría que abandonar esta pobre gente a su suerte. medité hasta pasada la medianoche. Después rogué a Dios que me condujera por el camino recto, dilucidara mis dudas, y me dormí.

Tuve la sensación que me despertaba un ángel llamándome dos veces por mi nombre:

- "Gerardo, Gerardo... despierta, no duermas más. Tu duda significa una injusticia contra Dios. Cuando caminaba todavía en la tierra, dijo Cristo, el Hijo de Dios: "lo que ustedes hacen por un pobre en mi nombre, lo hacen por mí". Aleja del pensamiento la falsa idea de que tu buena obra no tendrá sentido. Ninguna buena obra hecha pensando en Dios, está perdida. Según los sentimientos por los cuales tú salvas a estos hombres; en este sentido tu serás recompensado: ¡si lo haces por plata, recibirás plata; si lo haces por honores, recibirás honores; pero si lo haces por amor a Dios y a las leyes de El, El te regalará la corona de la vida!"

Cuando el angel terminó, yo sentía vibrar aún el sonido de su voz en mi corazón. Cuando desperté por completo, traté de buscarlo con mis ojos, pero el angel había desaparecido. Envié un saludo con todo amor, agradeciéndole a Dios el haberme enviado un mensaje tan claro. Entonces me levanté e hice llamar a mi escribiente para decir misa y rogar a Dios su bendición para mis propósitos.

Me puse en camino en busca de Stranmur. Este vino a mi encuentro, me saludó alegremente y enseguida me preguntó por la decisión tomada durante la noche. le respondí cuidadosamente:

- "Aunque hubiera decidido hacer la compra, no sé aún si ellos estarían de acuerdo. primero déjame preguntar a los prisioneros su opinión, después veremos."

Entonces yo solicité:

- "Antes, líbralos de sus cadenas, que sean libres en nuestro primer encuentro y puedan tomar así una decisión libre."

Me respondió:

- "Para ningún otro hombre los libraría, (excepto para mi Señor y para tí), ya que te tengo confianza absoluta."

Le dí las gracias y me dejé conducir por el sirviente hacia los prisioneros, los que enseguida fueron liberados de las cadenas. También les fue permitido verse cara a cara por primera vez en mucho tiempo de separación. Causó a todos gran emoción. Se abrazaron llorando de alegría y de pena. Después de un tiempo les hablé y los saludé en su propio idioma: el inglés. Se dirigieron hacia mí con sorpresa, diciéndome:

- "Gracias a Dios, nos ha enviado a un hombre que conoce nuestro país y nuestro idioma. Lo saludamos y le agradecemos cordialmente. Por favor díganos: ¿Es usted cristiano?"

Cuando yo se lo afirmé, aumentó la alegría y me acogieron con mayor cordialidad. Entre todos lamentamos la triste suerte y compartimos el sufrimiento.

Luego continué:

- "Señores, siento vuestras penas como propias: ¡Ay si yo pudiera darles fin! Escuchen: partí de mi casa como comerciante con el fin de encontrar buenas ganancias en tierras lejanas. Compré por el valor de cincuenta mil marcos mercancías ricas en países paganos que traje al mercado de este país. El príncipe de esta ciudad me recibió bien, otorgándome grandes honores. Al ver mis mercancías y examinarlas, me propuso un canje. El precio del canje por todos mis bienes son ustedes y sus nobles damas.

"Me dará placer librarlos a todos de su prisión, pero primero quisiera saber si esto los complacería y ustedes no se sentirían humillados. En ese caso no lo realizaría. Si, en cambio, aceptan mi propuesta, yo daré todos mis bienes por vuestra libertad, con la condición de que ustedes pagarán la pérdida que sufro con esto."

Apenas hube terminado, se levantaron los caballeros jóvenes y ancianos, se arrodillaron ante mí exclamando:

- "Misericordia, Misericordia, buen señor. Por la muerte del Hijo de Dios, muerto por nosotros, sea un verdadero cristiano y ayúdenos a librarnos de esta prisión pagana y volver a la cristiandad. Entre todos le juramos que sus bienes que ahora dá por nosotros, les serán retribuidos doblemente, sin tener en cuenta el dinero del rescate que pagará el padre y el novio de la joven reina."

Mucho me dolía ver a los nobles cristianos así arrodillados y rogué que se levantaran y me acompañaran a ver a la reina para hacerle la misma propuesta. Los caballeros dijeron que sin duda ella accedería gustosamente.

Juntos fuimos a ver a las nobles señoras, que se sorprendieron ante nuestra llegada y recibieron a los caballeros con lágrimas de alegría y dolor. primero saludé a la reina con todo respeto, después encargué a un anciano caballero que hablara en mi lugar. pero este dijo que yo sería tan sabio y tan bien educado que podría hablar por mi mismo. Con palabras parecidas a las que había dicho a los caballeros, lo hice con las damas, terminando así:

- "Si ustedes dan conformidad y me reponen mis bienes que yo ahora les cedo gustosamente, de mil amores los conduciré a Inglaterra no tan lejana de mi patria. Yo les brindaré lo mejor, hasta que podamos averiguar si vive todavía y dónde, el joven rey."

Después de lo hablado la joven reina se levantó y quiso arrodillarse para agradecerme. Yo no lo permití y le rogué que se sentara. Ella me pidió con los ojos llenos de lágrimas, invocando a la Virgen María, que la librara y en su alegría me llamó "Buen padre" y "querido consolador", que le había sido enviado por Dios. Gustosamente y sin ninguna duda mi padre y mi novio pagarán el rescate por mí. Pero, si ambos hubieren muerto, Dios mismo se lo recompensará. Ella clamó:

- "Ayúdame ahora, en Su nombre a recuperar mi libertad, pues durante largo tiempo mis damas y yo hemos padecido sin culpa esta miseria."

Lloraba en forma tan tierna y desconsolada que me conmovió profundamente. Traté de animarle y le dije:

- "Querida señora, deje vuestras quejas y tenga buen ánimo. Demos gracias a Dios, quien me ha dado la fortuna, con la cual puede poner fin a sus penas. No esperaré un solo día más."

Quedó consolada y con estas palabras todos se alegraron ante su próximo rescate. Busqué enseguida al señor del castillo, quien me preguntó:

- "¿Qué dices ahora sobre nuestro canje?"
- "Con mucho gusto cierro el trato", le respondí, "pero dígame si existe todavía la fortuna que trajeron mis prisioneros."
- "La hemos guardado bien", me aseguró, "no le falta ni un centavo".
- "Le ruego, entonces, que les sea devuelto todo lo que trajeron, embarcación y equipaje. Para mí y los míos le pido sólo lo que necesitaré en víveres para el viaje de regreso. Si me quieres conceder esto, dejaré todos los bienes que he traído."

El príncipe estuvo de acuerdo. Alabó bien mi proceder y confirmó ceremoniosamente el negocio. Me entregó todos los prisioneros y yo le di toda mi mercancía. Después hizo traer todos los vienes y, en realidad, no les faltaba nada. Fué cargada la embarcación de ellos, pero la mía estaba vacía. Después cargaron piedras y arena de peso, de modo que mi embarcación no bailara demasiado sobre las olas. Además la equiparon bien con bebidas y comidas.

Todo el mundo observaba sonriendo y también con lágrimas, de tal modo que hasta los paganos que estaban en el lugar se conmovieron y aclamaron especialmente a la joven reina. Nos quedamos una noche más. Fue preparado el baño para cada uno y después de ello los hombres parecían más vigorosos y las mujeres más bellas con sus vestidos nuevos, sobre todo la joven reina.

Se hicieron los últimos preparativos para la partida a la mañana siguiente. Ordené decir misa para mis huéspedes que en tanto tiempo no habían oído la palabra de Dios, a quien rogamos que nos concediera un buen viaje de regreso. Después tomamos el desayuno con alegría. En ese momento llegó el señor del castillo saludándonos amablemente. Se acercó y nos ofreció a cada uno una última copa y después le dijimos adiós. El nos encomendó el amparo de nuestro Dios y solicitó la ayuda de los suyos: Pallas y Juno, Machmut y Mercurio, Thetisy y Neptuno y sobre todo, la ayuda del dios de los Aires Aeolus, pidiéndole para nosotros vientos suaves y buen viaje. Me dió como recuerdo un regalo de mucho valor y me aseguró que, a partir de ese día y para honrar mi nombre, recibiría bien y protegería a todo cristiano que llegare. Nos abrazamos muy conmovidos, ambos estábamos contentos con nuestro trato; él por las futuras ganancias que le traerían mis bienes y yo confiaba en Dios quien me ampararía y me libraría de toda preocupación.

Se enarbolaron las velas y nuestras embarcaciones parecían volar por los fuertes vientos y la protección del Hijo de Dios en quien confiamos. Viajamos doce días y doce noches hasta llegar al sitio donde nos había desviado la tormenta en el viaje de ida. Desde allí navegamos un tiempo más, hasta el día en que aparecieron tierras conocidas por nosotros. Pregunté al timonel si él conocía esas montañas y respondió:

- "Sí, las conozco bien, por allí se bifurcan dos caminos en el agua: el uno conduce a Utrecht, en los Países Bajos, y el otro a Inglaterra."

Ordené que nuestros barcos llegaran al puerto más cercano, ordené bajar las anclas y dejé partir nuestra provisión en dos partes, la una para los que querían viajar a Inglaterra y la otra para nosotros. Todos los caballeros eran oriundos de Inglaterra, únicamente la joven reina y dos de sus damas eran de Noruega. Los caballeros noruegos que habían acompañado a la reina, viajaban con el joven rey y habían desaparecido, probablemente muertos en alta mar.

Subí a bordo de mi barco a la novia del rey con sus dos damas y las otras doce fueron a bordo del barco de los caballeros ingleses. Dije, entonces a éstos:

- "Mis queridos caballeros, aquí se separan nuestros caminos. Vuelvan a su patria y no se olviden de los favores que les he hecho. A su futura reina la llevaré conmigo, la trataré dignamente, hasta que el novio o el padre la vengán a buscar."

Los caballeros no estuvieron de acuerdo con esta decisión y me pidieron:

- "Buen señor, llévanos contigo hasta que te hayamos devuelto los bienes."

Pero yo pensé que el bondadoso Dios sería suficiente garantía y en voz alta dije:

- "Vayan en el nombre de Dios, su país y sus bienes están demasiado lejos, como para que puedan pagar el rescate a la brevedad. Su palabra me servirá como garantía. Demasiado tiempo estuvieron prisioneros y no quiero por mi exigencia prolongarles este tiempo, para mí sería una pena. No hagan esperar a sus amigos que estarán tristes ansiando su regreso. Cuando llegue mi mensajero, pueden pensar en la recompensa, antes no. Si su joven rey vive todavía y pregunta por la novia, díganle que yo la protegeré dignamente como corresponde a una reina."

Agradecidos los caballeros se arrodillaron ante mí y dijeron:

- "Dios recompense tu bondad, nosotros no lo podemos hacer aún cuando fuera con nuestros diez reinos. ¡Que Dios te ampare siempre y que tu vida concluya algún día sin sufrimientos!"

Nos abrazamos y, después, cada barco tomó su rumbo; el de ellos hacia Inglaterra y el mío hacia la desembocadura del río Rhin, que nos condujo río arriba hasta Colonia, mi ciudad natal. Envié a mis amigos un mensajero para avisar mi pronta llegada y que regresaba más feliz y más rico que a mi partida. A mi mujer le hice saber al mismo tiempo que traía bienes más grandes de los que ningún comerciante jamás había traído a casa. Todos se pusieron muy contentos y fueron muchos los que acompañaron a mi mujer y a mi hijo para recibir con mucha alegría el arribo del barco.

Todos miraron muy curiosos hacia mi embarcación para ver el cargamento valioso. pero como no descargaban sino piedras y arena, se les notaba el desencanto en los rostros. Yo, sigilosamente y sin ser visto, me aparté y me acerqué a mi mujer, llevando de la mano mi valioso bien. Mi mujer me saludó cordialmente y enseguida preguntó:

- "Querido Gerardo, ¿Dónde está la riqueza que has ganado y de la cual nos has informado? La esperaba con tanta alegría pero no veo nada."

- "El premio más precioso", contesté, "que he logrado en este viaje, es esta noble dama a quien aquí traigo."

Mi mujer creía que yo me estaba burlando de ella y cuando le aseguré que eso era toda la verdad, me preguntó ansiosamente:

- "¿En qué forma has ganado a esta mujer joven y qué ganancia te promete?"

Relaté a mi mujer y a mi hijo mis aventuras en el país de los paganos, cómo había llegado a mis manos la joven reina que llevaba como hésped para protegerla hasta que los suyos vinieran a buscarla. Mi mujer tenía algunas dudas, pero mi hijo alegremente exclamó:

- "Sabe dios, querido padre, que has hecho bien librando a los pobres prisioneros, y por eso has dado tu dinero, aún tenemos lo suficiente como para no tener que sufrir necesidades. Alabado sea Cristo, quien te dejó regresar sano y salvo. Le damos la bienvenida a la noble dama y a su séquito con toda alegría."

También mi mujer se había acercado a las recién llegadas con un cordial saludo de bienvenida, aquellas se mostraron muy felices por el recibimiento brindado.

Lo que los demás pensaban y hablaban no me importó gran cosa, realmente se hablaba mucho en la ciudad sobre este raro caso. Yo me sentía feliz por el buen término del viaje.

GERARDO INTRODUCE A LA INFORTUNADA NOVIA DEL REY A SU CASA Y QUIERE CASARLA CON SU HIJO

Llevé a las mujeres a mi casa y a las habitaciones que les había destinado, ordenando que fueran equipadas con todo lo necesario, utensilios, tapizados lujosos. También les fueron dados vestidos sutuosos que les agradaron mucho. Luego solicité a algunas hijas de familias conocidas que les sirvieran de compañía y entretuvieran. Ellas, recibieron bonitos vestidos para el juego y la danza.

La joven reina vivía feliz, jugaba y cantaba con ellas y les enseñaba trabajos artísticos. Me había pedido hilos dorados y tela de seda y los recibió en gran cantidad. Con ello realizó trajes hermosos con cinturones adornados con perlas y piedras preciosos y bordó manteles y alfombras de varios colores, mejores que los más bellos vistos en nuestra tierra. Todo me lo regaló; de modo que sentí gran alegría al recibirlos y hubieran sido de gran ganancia de haberlos vendido.

En los ratos libres, nos sentábamos juntos y conversábamos. No me alegraba sólo su palabra inteligente, sino aún más su belleza y pureza, tal que el corazón me brincaba cuando la veía. Todo lo que yo aprendí en este tiempo me resultaba bien y si alguna vez los asuntos de negocio me hicieron mostrar cara triste y preocupada enseguida me animaba y volvía a ponerme alegre con su sola presencia y trato. Y lo mismo le sucedía a todos los que llegaban a tratarla; siempre se iban con ánimo. Tenía que confesar: si hubiera regresado con la riqueza que había entregado por los prisioneros, ésta no me hubiera traído ni la mitad de la alegría que me daba este ser puro e infantil con su belleza.

Esta dama tan bonita, vivía ya más de un año en micasa sin que hubiera llegado mensaje alguno de su padre o de su novio. Tampoco llegó noticia de los amigos de Inglaterra, por ello tuve miedo de que el rey joven hubiera muerto y que también el rey de Noruega hubiera fallecido; de otro modo, uno de ellos hubiera mandado un mensajero para averiguar algo de la suerte corrido por la joven reina. Todo ello me ocasionaba mucha preocupación, además de observar, también, que la joven reina se mostraba triste con frecuencia. Especialmente cuando se mencionaba el nombre de su novio, no podía contener las lágrimas. El amor fiel se mantenía en su corazón. Y se sentía aún fuertemente atada como corresponde a un verdadero amor y lo podía comprobar. Me pregunté: ¿Cómo concluiría esto? Si bien he librado a la joven de su triste prisión no sé como he de hacer para seguir protegiéndola del dolor y la preocupación, para que pueda vivir de acuerdo a su alta posición y no caiga en pobreza y necesidad. No le podría dar lo suficiente para que se casara con un hombre de su condición, pues para ello no alcanzaban todos mis bienes.

Sería preferible que viviera como esposa de un rico comerciante, si algún día yo faltase, porque dudo mucho que su futuro esposo, estuviera con vida y toda esperanza me parecía una ilusión.

Al fin tomé la resolución de hablar con ella sobre su futuro. La busqué y le dije:

- "Querida joven, ¿quieres escucharme? Tengo que hablarte seriamente.

Estuvo de acuerdo y continué:

- "Me perdona si impulsado por una sincera preocupación le dirijo estas palabras y le confiese mi inquietud por usted ¡noble dama! Y no lo quiera tomar a mal. Considere su pasado destino, que en parte pude cambiar al librarla. Ahora está libre pero totalmente sola en el mundo. No puedo creer que ni su padre ni su novio vivan todavía. ¿Qué será de usted cuando algún día yo me haya ido? Pienso en esto día y noche. Así que le propongo entrar en nuestra vida de honrados comerciantes, que la protegerá de todo sufrimiento y le aseguro una vida digna. usted conoce a mi hijo que es un comerciante honrado y respetado, quien honra mi nombre. Usted podría determinarse a darle la mano a él en matrimonio, eso me libraría de este preocupación. No le habrá quedado oculto que mi hijo la venera y quiere mucho."

Después de pensarlo, respondió:

- "Tu propuesta es justa y estoy dispuesta a cumplir con tu deseo ya que te debo la libertad y la vida. Tu hijo me parece el mejor de todos los jóvenes, digno de toda felicidad. Sólo te ruego: déjame todavía el tiempo de un año para efectuar un nuevo matrimonio.

Si lo quiere Dios y mi novio vive aún, volverá dentro de ese tiempo. Si esto no corriera, tendré que considerarlo muerto, y cumpliré tu deseo."

Le agradecí su respuesta inteligente y consideré con gusto esa tregua. me despedía con alegría, pero noté que ella estaba triste, no le era posible olvidar al esposo perdido.

Pasó el año y no llegó ninguna noticia, ni del joven ni del viejo rey. Le declaro que esto no me había sido desagradable, ya que ahora tenía la esperanza, de asegurar a la querida joven a quien en el futuro no tendría que echar de menos y de quien no quería separarme.

El día en que se cumplió la tregua concedida, me dirigí nuevamente a su habitación y le dije:

- "Querida niña, seguramente sabe usted porque estoy aquí. Se cumplió el año que fijamos de espera ¿Cual es su opinión sobre este asunto?"

Me dijo que quería cumplir lo prometido y que se consideraba obligada a respetar mi voluntad. Quedé altamente satisfecho ya que me parecía recibir la felicidad más grande que nunca había sido otorgada a una persona de mi condición. Sin perder tiempo, fui al palacio del arzobispo. Me presenté ante el alto dignatario, quien me recibió en forma amable. A su pregunta le respondí como me había ido con los prisioneros y sobre todo, con la joven reina, que ahora quería dar en matrimonio a mi hijo. Para este paso desacostumbrado, le rogaba su consejo y su ayuda. El arzobispo se alegró mucho y dijo:

- "Visiblemente Dios te ha bendecido y te ha regalado la felicidad más grande que a ningún otro viviente. Gustosamente yo haré todo por tí para aumentarla. Elevaré a tu hijo a caballero y recibirá un escudo para que pueda llevar con honor a la hija del rey en matrimonio."

Agradecí enormemente a este alto señor su gentileza y le rogué coronar mi felicidad pidiéndole que tomara parte en la boda como huésped de honor que se celebraría en la próxima fiesta de Pentecostés. El lo prometió y yo me despedí lleno de satisfacción. Inmediatamente salí a caballo para repartir invitaciones de la boda a todos los terratenientes de la zona. Accedieron queriendo honrarnos a mí y a mi hijo. Cerca de trescientos condes, caballeros y nobles prometieron la asistencia a la fiesta. De vuelta a la ciudad invité también a los vecinos con sus señoras a ser huéspedes en ese día; todos aceptaron.

En mi patio hice instalar muchas filas de asientos para los espectadores y colocar barreras para los juegos de combate que tendrían lugar en honor a mi hijo. También compré nuevos caballos y trajes bonitos para él y sus hombres. Apenas pude esperar el día de la fiesta y mi alegría mucho al contemplar ese amanecer. Pronto empezaron a llegar los invitados de la campiña. Mi hijo con sus hombres, todos vestidos de fiesta, montaron a caballo y fueron a su encuentro a las puertas de la ciudad para saludarlos con respeto y conducirlos hacia la casa. En procesión, con sones de flautas e instrumentos de cuerda, también llegaron los vecinos con sus esposas, rícamente ataviadas. Por último se presentó el arzobispo con su séquito de sacerdotes y todos se sentaron a las mesas alegremente. Empezó una viva conversación entre los altos señores, quienes mencionaban a mi hijo con aprecio y se alegraban por el honor al que se había hecho acreedor.

Después de que todos habíamos oído misa, conduje a la novia ante el arzobispo, donde mi hijo la estaba esperando. El honorable príncipe de la iglesia les casó en forma muy solemne y recibieron su bendición. Los huéspedes admiraban a la hermosa pareja y les deseaban buena suerte y bienestar. Después cabalgamos todos para observar el torneo festivo que se realizaba con gran pompa acompañado de la fanfarría. También el arzobispo lo observaba sentado al lado de la joven señora en el lugar de honor. Mi hijo y yo pasábamos siempre entre los invitados y nos preocupábamos de que no faltara nada y que todos tuvieran suficiente comida y bebida.

El banquete terminó por la noche, para el joven marido empezó "la noche sagrada": era la última antes de su día de honor en la cual recibiría la colada. Sólo después de ello podría llevar a su joven esposa. Pasó la noche orando, esperando impaciente que terminara y que se acercara la mañana que le traería su plena felicidad.

La mañana de Pentecostés, todos íbamos a asistir a la misa mayor, la joven señora vestida con trajes magníficos dignos de una reina. Vestido y capa fueron hechos de terciopelo y seda, engalanados de piel de armiño, el cinturón, hebillas y los anillos eran de oro puro embelleciendo a esta joven y noble mujer, cuyo mejor adorno era su rostro puro y brillante. También mi hijo se presentó vestido en rico terciopelo verde con capa de seda roja. Los doce jóvenes que iban a recibir el espaldarazo con él, estaban vestidos con los mismos colores.

Después de la misa, todos se ubicaron delante del arzobispo. este bendijo las espadas, que ellos le presentaron, caballeros nobles se las colocaron en sus cinturones. Delante del portón de la iglesia estaban los caballos, los que ahora montaron los jóvenes caballeros.

Salieron bajo el sonido alegre de los tambores, flautas y violines, mientras el arzobispo acompañó a la joven señora y a su séquito al patio, adonde ella montó un caballo noble, lujosamente adornado, para asistir a los juegos de combate.

Empezó el torneo de los caballeros más jóvenes, se levantó mucho ruido de espadas, escudos y lanzas, de gritos de combate y de los cascos de los caballos. Todos los jóvenes combatientes querían lucir sus habilidades y esfuerzos ante las damas, inflamados por el aplauso y las coronas de honor, destinadas al vencedor.

Terminado el torneo, todos volvieron a sus asientos en las mesas, separados por sus posiciones sociales. Los escuderos llevaban agua para lavar las manos, después los sirvientes trajeron ricas comidas y bebidas, y los escuderos llenaron una y otra vez las copas que dieron vuelta con conversaciones alegres y cantos.

Todo esto iluminaba el sol brillante de Pentecostés, alrededor florecía la naturaleza con toda su belleza, propia del mes de mayo. Todos los rostros brillaban de felicidad y alegría, dí gracias a dios que nos había concedido todo esto cuando caminé por las filas para ofrecer a los altos invitados la bebida de honor.

En esto, ví a un hombre triste y solitario reclinado sobre una columna; estaba vestido en forma pobre, con un saco viejo sobre su camisa sucia. Miraba con ojos opacos desde su rostro pálido, pero a pesar de su barba desordenada y sucia, vía que era muy joven. Sus piernas y brazos quemados de sol estaban llenos de vigor y toda su apariencia demostraba que era un hombre noble y de valor, pero ensombrecido por penas y mala suerte. Su aspecto me conmovió en tal forma que me detuve un tiempo a su lado para observarle; me interesaba. ¿Qué será lo que este desdichado busca entre todos los felices aquí reunidos?

El hombre buscaba ahora la vista de la joven y sus ojos se llenaron de lágrimas. A escondidas se las secaba, pero siempre volvía a mirar a la joven y a cubrirse el rostro con las manos. Esto me llenó el corazón de congoja, de modo que me acerqué y le dirigí la palabra amablemente:

- "¡Dios lo ampare, querido peregrino! ¿Porqué estás tan triste?"

Me respondió:

- "De ningún modo, mi buen señor, estoy bien"

- "No digas eso, veo tu pena ¿Ya has comido?"

- "Sí"

- "Pero, ¿Dónde?"

- "En ninguna parte, pero estoy más que satisfecho. En verdad no quiero comer."

Le pregunté:

- "¿Alguien de nosotros te ha hecho mal?"

Pero él lo negó:

- "Puede ser que hace mucho tiempo; pero aquí y ahora, no."

Le dije entonces:

- "No podemos tratar el asunto aquí, sígueme a mi habitación."

Primero se negó, pero después lo hizo. Ya en el aposento le rogué:

- "En el nombre de Dios, dime la verdad. ¿Quién eres tú?"

El respondió suspirando:

- "Señor, soy un hombre desafortunado, sin alegría, el destino de mi alma son penas y desesperación. La pobreza forma parte de mi ser. No me importa la riqueza ni la vida misma, soy el hombre más mísero de la tierra."

Le pregunté directamente:

- "Díme, buen hombre ¿Porqué te dá tanta pena mirar a la joven señora? Lo he visto en su rostro. ¿Porqué estás tan triste ;te ruego en el nombre de Dios que me lo digas! Lo que sea te prometo que no ocasionará daños al decírmelo, sino provecho y alegría."

El peregrino dijo entonces:

- "Bueno, me arriesgaré aun poniendo en peligro mi vida. Como mis días estan tan llenos de penas, la suerte será bienvenida. Me libraría de todo dolor. Quiero contestar su pregunta dándole mi nombre, sin tener en cuenta las consecuencias.

"Mi nombre es Guillermo y soy el heredero del reino de Inglaterra. Cuando era joven aún murió mi padre y los nobles del país me eligieron rey. Ellos me formaron y educaron. Un día nos llegó la noticia de que el rey de Noruega tenía una hija joven y muy bella. Los nobles me aconsejaron tomarla por esposa. Envié a mis mensajeros para que la conocieran.

Quando regresaron, me contaron maravillas de su belleza y me informaron que el rey había aceptado mi propuesta. Lleno de alegría alisté el barco para ir a buscarla con un grupo de caballeros distinguidos: Doce hombres dignos de sesenta años y doce valientes caballeros de alrededor de los treinta. Con ellos llevé doce damas nobles para compañía de la futura reina.

"Con este alegre grupo de gente crucé el mar para llegar a Noruega. Allí nos recibieron amablemente y nos alojaron muy bien. Después de un corto tiempo nos hicimos amigos y fijamos que la boda se celebraría en Inglaterra, junto a mi colada, la cual no había recibido hasta entonces por ser demasiado joven. Unicamente después de ello, la joven sería mi verdadera esposa. El rey destinó dos damas nobles para que la acompañaran.

"Accedí a todo gustosamente y se alistó un segundo barco, dotado con un grupo de nobles caballeros noruegos. Entregué la novia al amparo de mis caballeros ingleses y de las catorce damas jóvenes y yo regresé en mi barco con los noruegos a mi país. Las costumbres exigían la separación antes de la boda.

"No me gustó esta separación y me despedí de mi futura esposa, como si hubiera presentado una desgracia. Unos días después de la partida nos sorprendió una tempestad que separó los dos barcos de modo que no podíamos vernos. Fuimos arrastrados a merced de las olas y sin timón, hasta que chocamos contra una roca. Nuestro barco se hizo pedazos y todos mis caballeros y marineros perecieron ante mis ojos, en las altas olas del mar.

"Yo me había aferrado a un bote pequeño que a gran distancia fue arrojado a una costa lejana, salvando así mi vida. pero ¿dónde había quedado mi querida novia? No logré saber nada de ella, aunque buscara y preguntara en numerosos países que recorrí. Anduve más de tres años por el mundo, sin pensar en mi corona y en mi reino. Hoy he encontrado a mi esposa pero al mismo tiempo perdí mi última esperanza, mi desgracia se ha tornado más grande. En un instante la encontré y la perdí nuevamente. pero por el hecho de verla sana y salva doy gracias a Dios y sacrificaría gustosamente mi vida en señal de agradecimiento.

"Ver a mi querida esposa sin poder hacerla mía, me quita fuerza y alegría. Esta es la razón por la cual me ha visto llorar; ahora sabe todo, proceda conmigo como le parezca adecuado."

Sorprendido y con compasión le pregunté:

- "¿Dime, es verdad lo que me has contado?"

- "Sí, buen señor, como que Cristo me ayuda, es la verdad. El me impuso esta suerte y yo debo sobrellevarla. El destino a cada uno lo suyo: a su hijo la alegría más grande del corazón, a mí el más profundo pesar."

Traté de darle consuelo:

- "Deja de lamentarte, es evidente que Dios ha hecho maravillas contigo. Escapaste de una muerte segura y encontraste el camino hasta nosotros. Ahora confía en la bondad de la Providencia."

Quando el joven príncipe se había calmado un poco, me alejé, rogándole que me esperara. Rápidamente hice llamar a algunos sastres de la ciudad y les ordené que hicieran en el acto vestidos reales, dignos de mi huésped. Mientras tanto, hice preparar el baño para él, cortar sus cabellos y vestirlo apropiadamente. Luego con rapidez me acerqué al arzobispo, que aún estaba sentado a la mesa y le dije en voz baja:

"Querido señor, le ruego perdone interrumpir su comida, pero acaba de llegar un huésped muy distinguido, que ha de comer con usted."

Asombrado me preguntó:

- "¿Quién es, querido Gerardo?"

- "Un huésped enviado por Dios. Es el joven Guillermo, rey de Inglaterra."
- "Bromeas, o es verdad? ¿De dónde viene? ¿Dónde está? ¿Vino solo o acompañado?"
- "Está en mi casa, allí lo están vistiendo como corresponde a un rey. Pues ha llegado como un pobre peregrino solitario, observó la fiesta y lloró viendo a la joven señora. Quedé agombrado al verlo y por ello lo llevé conmigo e insistí en que me diera su nombre. Me relató todo lo sucedido durante el viaje nupcial y coincide con las palabras de la joven señora. Ya que Dios lo ha salvado tan milagrosamente y lo ha conducido hacia nosotros, le pido me aconseje como proceder, ya que la bondad de Dios se ha manifestado con él. Ayúdeme a convencer a mi hijo, que devuelva a su joven esposa a quien le corresponde por derecho. Actuar de esta forma lo considerará una deshonra, pero demuéstrole que lo deshonraría más proceder de otra manera."

El arzobispo me lo prometió y alabó mi decisión, agregando que el Espíritu Santo la había inspirado. Que trajera a mi hijo y que ambos le hablaríamos. Pasando por la muchedumbre lo acerqué. Los tres nos apartamos un poco de los invitados, el arzobispo se dirigió a mí diciendo: comienza tú, pues a tí la cuestión te atañe más. Cuando yo haya escuchado su respuesta, hablaré.

Empecé así:

- "Querido hijo, te ruego no niegues lo que pediré de todo corazón."
- "Querido padre, soy servidor tuyo, haré todo lo que me mandes."

Le recordé nuevamente las circunstancias maravillosas en las que había llegado a nosotros la joven dama, a quien queríamos tanto. Con seriedad concluí:

- "Dios ha dispuesto que ahora volviera su esposo, al que fuera prometida. Dios nos lo ha enviado para ponernos a prueba. Tenemos que escoger libremente cómo trataremos a este caballero, bien o mal, ya que la noble dama está a nuestro cargo, pero ¡ay! de nosotros si no empleamos como corresponde el poder que poseemos.

Humillándonos ante Dios, pensando en su bondad y su justicia, devolveremos a este señor su esposa, que le corresponde por derecho. Es el único camino por el cual podemos lograr que Dios nos apruebe en el día del Juicio Final.

Mi hijo quedó mudo, inmóvil, muy pensativo. Ahora el arzobispo le dirigió la palabra, diciendo:

- "Cuando el orgullo de Lucifer hizo caer al décimo grado de los espíritus celestiales, Dios quiso levantarlo nuevamente. Creó a Adán y lo puso en el paraíso, junto con su mujer Eva, a quien formó de una costilla de él. De modo que éstos son dos almas, pero solo una vida y un cuerpo. Según la voluntad de Dios, así debieran vi-

"vir los hombres unidos en matrimonio. Durante su estancia en la tierra son unidos por un lazo divino. Así nos enseña el mensajero de Dios, San Pablo: lo que Dios ha unido, el hombre no debe separarlo. ¿De dónde nos viene el derecho de separar lo que Dios anteriormente ya ha destinado el uno para el otro? ¿Qué dirás a Dios en el Juicio Final, cuando El te pregunte por la mujer del otro, la que tú has tomado injustamente, ya que tú conoces su ley?"

El arzobispo calló.

Mi hijo levantó la mirada nos miró a ambos, y dijo:

- "¿Qué me exigen ustedes? ¿Quieren que renuncie a mi esposa?"
- "Sí, contestó el arzobispo con firmeza, siempre que te interese la gracia de Dios."
- "¿No existe otro camino para lograrla?"
- "¡Seguro que no, si respetas el derecho del prójimo!"

Entonces el joven exclamó dolorido.

- "¡Ay de este derecho! ¿Acaso es justo que me quiten a mi mujer, puede exigir Dios con justicia que deje una mujer que me trae tanta alegría y honor, para llevar después una vida de pena, sin amor?"

Entonces dije:

- "Tranquilízate, hijo mío y piensa: cuánto más grande sea el sacrificio del amor, que tú ofreces en el nombre de Cristo, tu vida será tanto más rica en amor y más poderoso tu corazón, alumbrados por su luz!

Mi hijo bajó la cabeza un momento, después dijo en voz baja:

- "Padre, quiero seguir tu consejo y cargar con este sacrificio. En el nombre de Dios, devuelvo esta mujer a su marido, aunque mi corazón sienta gran dolor.

Concluyó con voz firme:

- "Pues bien, esto queda terminado, yo la cedo en el nombre de Cristo."

Me alegré de todo corazón por su decisión altruista y también el arzobispo estuvo satisfecho y conmovido, de modo que los tres lloramos frente a esta alegría y dolor.

El sacerdote regresó a la mesa y nosotros dos fuimos a buscar al joven rey. Lo encontramos vestido con traje hermoso de terciopelo y seda, adornado con sibelinas, armiño y bordado con perlas. La capa era tan larga que debía ser llevada, sus piés tenían calzado de seda, su pecho estaba adornado con un rubí grande, de rojos resplandores. El cabello muy rubio, bien cortado y peinado, rodeaba su cabeza,

su rostro brillaba en forma pálida, transluciendo la pena de los años pasados. Con mayor pureza resplandecía e iluminaba su fina educación y su virtuosa hombría.

Mi hijo se acercó, lo saludó cortesmente y le dijo:

- "En el nombre de Dios sea bienvenido a nuestro país."

El señor le agradeció con educación, se sentaron y comenzó la conversación, en el curso de la cual el uno expresó el gran dolor de su vida y el otro se dió cuenta de que se cumplirían sus más altas esperanzas. Mientras tanto, envié a mi servidumbre preparar comida y traer un caballo para el rey. Resplandeciente en su nueva felicidad, montó entre nosotros dos para llegar al banquete festivo.

Todos los invitados, caballeros y damas, miraron hacia el distinguido nuevo huésped. Entre ellos se preguntaban con curiosidad quien sería el desconocido recién llegado.

Nos acercamos al arzobispo, y le pedí que le hiciera lugar. Mientras así lo hizo, el rey caminó entre las hileras de asientos y se sentó al lado de la joven reina. Ella me preguntó muy extrañada quien era el joven caballero a su lado.

- "Querida señora, dije ¿No lo reconoce? ¡Es el rey de Inglaterra, su marido!"

- "¿Porqué se burla de mí, padre? Así no me has tratado nunca hasta ahora. ¡Dejá! ¡Te lo ruego.

Llorando miró entonces hacia el que se encontraba junto a ella, de modo que él tampoco pudo contener las lágrimas y exclamó:

- "Si en realidad no me reconoces, ¡mira este anillo en mi mano! Tú misma me los has dado en el día de nuestra partida, así como yo te dado el anillo que aún llevas hoy. Debías llevarlo siempre para recordarme, cuando nos separamos con tanto dolor ¿No lo recuerdas?"

La joven estaba profunda e íntimamente inquieta. Ora trataba de reconocerlo, ora le invadían las dudas. Entonces acercó el rostro al suyo para observarlo mejor y él se inclinó hacia ella. Vencieron las armas de la fidelidad que brillaban en sus ojos y finalmente exclamó la amante esposa:

- "¡En verdad, eres tú! ¡Qué feliz soy de volver a verte! ¡Mil veces bienvenido, querido esposo!"

Aquí la dominó la alegría y perdió el conocimiento; su bella cabeza se reclinó sobre el regazo de su marido. Como en sueños dijo palabras tiernas. Él la sostuvo con amor y cariño y le hablaba para consolarla.

- "Vuelve en tí, alégrate conmigo y olvida toda tu pena! Estamos nuevamente unidos y lo estaremos para siempre. La besó con ternura para despertarla. La frágil mujer despertó lentamente y creyó que soñaba, cuando se encontró en sus brazos y vió que todo era realidad y lloró por última vez de felicidad.

Ambos agradecieron a Dios por este encuentro y yo me alegré profundamente junto a la pareja, ya que en ellos se confirmaba una vez más el valor del amor y de la felicidad. Todos los allí reunidos se acercaron y felicitaron al joven rey y a su esposa.

Nadie pudo contener su emoción y agradecía al Creador, quien en su bondad me había dado tantos bienes que me habían hecho posible reunir nuevamente a esta pareja. Si hubiera tenido que dar diez veces más oro y plata tampoco me hubiera arrepentido.

Mientras tanto, los caballeros se habían preparado para nuevos torneos que ocuparon todo el resto del día, interrumpidos de vez en cuando por danzas alegres. En el curso de la fiesta, busqué al rey y a su esposa para decirle al rey:

- "Según sus propias palabras, el rey padre de su esposa ha ordenado que la boda no sea celebrada antes de que usted haya recibido la dignidad de caballero. Le ofrezco mi casa hasta que la haya recibido, después celebrará su boda."

El joven rey aceptó gustosamente y así me honró mucho. Y con ello concluyó el día pleno de alegría.

A la mañana siguiente en que se iniciaba el gran día para el joven rey, todos fueron a oír misa; después recibieron los que habían llegado como escuderos nobles, la dignidad de caballero por manos del arzobispo. Luego, el arzobispo juntó las manos de la pareja y pidió al cielo que bendijera esta unión. Así quedó consagrado el matrimonio y la pareja salió de la iglesia bajo el júbilo de todos los allí reunidos. siguieron nuevamente torneos y el banquete, al que en esta oportunidad el mismo rey había invitado. Se pronunciaron deseos de felicidad y realizaron el brindis. Todos disfrutaron de la fiesta y el baile, que continuaron hasta bien entrada la noche.

Me pareció que el único desdichado en esta fiesta era mi hijo, quien había perdido toda su felicidad terrena, pero se dominó y cargó su suerte con dignidad. Al fin, todos se despidieron y buscaron reposo.

Temprano, al día siguiente, el joven rey llevó a su esposa el regalo de boda: el derecho de reinar en conjunto con él sobre su reino y su pueblo, además de ricas haciendas y fincas, pero lo más bello de todos los regalos fue su corazón lleno de amor, su rectitud, su fuerza y valor de hombre joven.

Después de la misa matinal, empezó la despedida de los caballeros, nobles y burgueses. Todos los juglares que habían alegrado al pueblo con sus artes recibieron rica recompensa y también la gente pobre y menesterosa recibió grandes regalos.

Acompañamos a todos los huéspedes hasta las puertas de la ciudad. Allí el rey^{es} agradeció el haber venido, prometiendo a cada uno que, si acosados por el enemigo debieran abandonar su país, serían bien recibidos y gozarían de su hospitalidad. Los que partían le agradecieron y aseguraron al bondadoso señor su fidelidad.

Cuando cabalgaba lentamente junto al joven rey, él me apartó y dijo:

- "Querido padre, ya que tú nos has hecho tanto bien hasta ahora, complétalo dándome un consejo. Dime ¿Qué debo hacer en el futuro, según mi situación actual? De mi país me ha llegado la noticia de que algunos de mis súbditos se han rebelado y quieren quitarme el reino, que está en desorden por causa de mi larga ausencia. Injusticia y poder diezman el país. Parte de mis tierras están en manos de los rebeldes. Pero algunos aseguran que la mejor gente todavía está de mi parte y defiende mis derechos.

Respondí:

- "Querido señor, si las cosas son así, no nos demoremos más, yo le alistaré enseguida un buque, con todo lo necesario, con caballeros valientes que contrataré, para que usted pueda regresar a su tierra poderoso y con honor.— Con nuevo ánimo agradeció mi consejo y mi ayuda. Informó a la reina, mientras diligentemente me ocupé de los preparativos. Fue traído un barco con armas, vestimenta^s, provisiones y todos los utensilios necesarios. Después confié todos mis bienes a mis amigos y les encargué también el cuidado y protección de mi esposa. Mi vida se la encomendé a la protección de Dios. Mis amigos me acompañaron a las afueras de la ciudad hasta el barco, donde nos despedimos con cierto dejo de tristeza. Mi esposa sintió mucho el tener que separarse de la joven reina, a quien quería de todo corazón, y también ella se despidió con lágrimas. Sus damas, lamentándose, besaron a sus compañeras, prolongando su saludo al barco que se alejaba.

GERARDO RECUPERA CORONA Y REINO AL

JOVEN REY DE INGLATERRA

En el río Rhin, cuando mi barco se puso en movimiento, muchos nos despedían aclamando a la joven pareja, a mi hijo y a mí, con gritos de despedida y de buenos deseos para el viaje. Bajamos hacia el mar, cruzándolo hasta llegar a la desembocadura de un río Lundene (Támesis) y seguimos hasta el puerto cercano a Lunders (Londres). Finalmente anclamos en las profundas arenas de este puerto. Rogué al joven rey que permaneciera en el buque, mientras yo con mis hombres emprendía el viaje a Londres para obtener mayor información sobre la

situación del momento. Me prometió esperar para recibir mi información. Acercándonos a la ciudad, llegamos primero a una gran plaza, llena de toldos. También en la ciudad había muchos huéspedes extranjeros, de modo que nosotros no encontramos hospedaje. Todas las calles estaban llenas de gente, ruido y movimiento, tuvimos dificultad en abrirnos paso hacia un albergue, del cual yo conocía al dueño desde hacía mucho tiempo. Nos albergó en su casa, cómodos y tranquilos. Le pedí que me indicara cuál era el motivo de la presencia de tantos huéspedes extranjeros, si eventualmente se realizaba un torneo u otra gran festividad.

Me respondió solícitamente:

- "Nada de esto, sino algo más importante: una reunión de terratenientes y nobles que van a tratar acerca del orden en el país.

"El rey Guillermo ha muerto, en todas partes del reino domina el desorden y la inseguridad, cualquier insignificante caballero quiere ser dueño y señor. Quieren concluir con la injusticia que reina por doquier y colocar en su lugar el derecho y la justicia administrada ecúanimemente por una persona de bien.

"Están buscando a un nuevo rey que restituya al reino la paz y la dignidad. Si encontraran a alguien semejante, le obedecerían con gusto. pero, suspirando, continuó: aunque ya dialogan y buscan soluciones durante largo tiempo, no llegan a ninguna y más aún, se produjeron peleas entre ellos.

"Al fin se llegó a un acuerdo de que fuesen veinticuatro los señores sobre los que se realizaría la elección. Tres arzobispos les ayudarán en esa tarea y recién han llegado al palacio real."

Así terminó el posadero pero yo le pregunté con afán:

- "¿Es realmente así?"

Habiendo recibido su afirmación, llamé a mis hombres y en compañía del posadero en calidad de guía, nos dirigimos al palacio. Allí se encontraban numerosos caballeros y nobles, quienes me saludaron cortésmente, considerándome un noble, ya que a propósito me había puesto mis vestidos más lujosos. Respondí de la misma manera y pregunté donde deliberaban los príncipes. Me condujeron a una habitación apartada y golpearon a la puerta. Saludé y todos se levantaron, dándome la bienvenida y me ofrecieron un asiento. ¿Pero quiénes eran los veinticuatro príncipes? Gratamente sorprendido reconocía en ellos a los veinticuatro caballeros nobles que hacía tiempo había yo liberado en el país de los paganos. Ellos no podían suponer mi aparición en ese lugar y además con mi rica vestimenta presentaba un aspecto muy distinto al de aquella lejana ocasión; así al principio no me reconocieron, pero observé en sus miradas cierta sorpresa y un esfuerzo por recordar al desconocido.

Me presenté ante ellos y dije:

- "Queridos señores, tengan la bondad de confiar en lo que aquí se delibera. No son raros los casos en que un hombre sin sabiduría ha dado un buen consejo en un caso de necesidad. Quizás yo pueda ser ese hombre y tal vez les pueda servir con mi consejo."

Uno de los señores dijo:

- "Buena falta nos haría un consejo adecuado"

Entonces me contó del viaje de un joven rey Guillermo para traer a su futura esposa desde Noruega y del penoso viaje de regreso en el cual había perecido.

- "Todos nosotros", agregó, "estuvimos junto con la joven reina en prisión en el país de unos paganos, de esto nos libró un buen hombre y nos envió de regreso a nuestro país. Pero a la princesa la llevó a casa, allí la entregaría a su novio. La novia aún se encuentra con él pero el novio murió."

"Por esta difícil situación del país nos hemos reunido para buscar y elegir un nuevo rey, alguien que esté de acuerdo con todos nosotros. No lo podemos lograr, pues a cada uno que se propone, se le encuentra alguna cosa que criticar. El uno nos es bastante bueno; el otro es demasiado dócil y blando, otro, demasiado avaro, otro no posee suficientes bienes y poder. Otros de nacimiento y nobleza no tienen la dignidad para ser rey. Por ello estamos realmente preocupados."

Después de escuchar este informe, observé cómo los presentes se secaron las lágrimas; durante todos esos años no habían olvidado al rey.

Entonces les dije:

- "Buenos señores, yo les podría señalar a un caballero, tan rico en disciplinas y virtudes que bien sería digno de llevar la corona de este país."

Me interrumpió uno de los nobles:

- "Por favor, ¿Porqué no nos explica usted primero de dónde viene y cuál es su nombre? Nos ha dado una palabra de esperanza. Si la cumple ¡Bendito sea el día de su llegada!"

No pude contenerme más y dije:

- "Sepan pues quien soy. Soy un comerciante sencillo de Colonia, llegado a su país, me llamo Gerardo."

Apenas hube concluido, todos se levantaron, me abrazaron y exclamaron:

- "¡Querido padre, Dios mismo te ha enviado como rey. Ningún otro, a no ser tú, llevará la corona de este país!"

Quería darles la causa real de mi viaje, pero de tanta alegría ni me dejaron decir una palabra. Me levantaron en hombros, me cargaron hacia los demás señores, quienes me recibieron con júbilo, me sentaron en el trono y me adornaron con la corona.

Llegó la multitud que estaba esperando afuera para honrar me. Tuve dificultad para calmar la algarabía y finalmente lograr silencio. Cuando todos callaron respetuosamente, comencé:

- "No les puedo agradecer lo suficiente por el honor y la buena voluntad que me han demostrado. Soy demasiado humilde para este honor, señores. Pero he encontrado a un hombre en quien lucirá la corona mucho mejor que en mí. Les juro que no hay quien sea más digno que él y a quien propongo como vuestro señor."

Respondieron:

- "Desde la pérdida de nuestro rey no conocemos a ninguno quien sea tan digno del mando, como lo es usted, a quien debemos nuestras vidas. Diez veces más no sería suficiente para recompensar lo que usted ha hecho por nosotros."

Hice saber en voz alta y con solemnidad:

- "Me alegro de que les haya podido hacer un bien y vuestra gratitud ha sido tan inmensa, que ningún otro ha recibido algo igual. ¡Ahora, me pertenecen la corona y el país! Yo los cedo con gusto a vuestro rey, el joven Guillermo."

Inmediatamente todos volvieron a entristecer y se lamentaron:

- "Ay de nosotros, si el ya no sigue con vida. El que usted nombra está muerto y no volverá a nosotros."

Les dije:

- "Tranquilícense; él se encuentra sano y salvo. No fue sino esta mañana cuando me separé de él y de su esposa Irene. Ambos están bien de salud y plenos de alegría. ¡Se los juro en nombre de Cristo! Aguardan cerca de aquí en un puerto, donde hemos arribado y desde donde he cabalgado hasta aquí. Vayan rápidamente a saludar al joven rey y a su esposa."

Se produjo un alegre alboroto. Comenzaron los llamados solicitando caballos y corceles, armaduras y armas. Y pronto se formó un cortejo de caballeros, listos para partir.

Mientras tanto había enviado un mensajero al rey, que le daría una información detallada sobre los hechos. En respuesta, la pareja real había emprendido la marcha y venía cabalgando hacia nosotros, cuando se encontró con el cortejo, que estalló en júbilo inmenso con saludos y abrazos. Muchos ojos se humedecieron. Después regresamos a Londres. A las puertas de la ciudad encontramos a sus habitantes y señoras ataviados con sus mejores vestidos y fuimos agasajados por ellos.

Después el cortejo atravesó la ciudad hasta llegar al patio del palacio episcopal. El Arzobispo salió a nuestro encuentro. En procesión se nos acercaron el Arzobispo, acompañado por otros dos, seguido por todo el clero y entonando cánticos e himnos, portando el tabernáculo sagrado. El repicar de las campanas y el júbilo del pueblo se unieron en un sonido poderoso que se esparcía por todos los rincones de la ciudad. Después, la joven pareja fue coronada en forma solemne en la catedral de la ciudad y todos los príncipes presentes los aclamaron jubilosamente. El rey despidió a los caballeros, pues recién al día siguiente quería presidir el tribunal. La reina y sus damas se trasladaron al propio palacio que se hallaba en las cercanías. Los señores de la ciudad llegaron ricamente ataviados para ofrecer un sin fin de regalos en joyas y vestidos preciosos. Fueron recibidos con alegría y la reina agradeció y admiró los presentes.

Pasaron la noche en forma entretenida, con juegos alegres, banquete y bailes. Al mismo tiempo, los príncipes de mayor edad se hallaban reunidos con el rey, considerando seriamente los problemas del reino, tras esos tiempos inseguros.

A la mañana siguiente pidió que se presentasen los príncipes y señores de todo el reino. El mismo joven rey les otorgó los feudos y confirmó sus propiedades.

En respuesta juraron fidelidad y mantener la paz, bajo apercibimiento de castigos para los que no cumplieran. El rey consultó las opiniones sobre aquellos que durante su ausencia se habían apoderado por la fuerza del gobierno y con violencia e injusticia habían obtenido campos y castillos. Se les aconsejó que se les enviara el mensaje que en el lapso de seis semanas deberían presentarse ante su justicia, comparecer ante él, para dar cuenta de sus actos y recibir sus sentencias. El rey lo hizo así, pero al mismo tiempo envió mensajeros por todo el país para invitar a todos sus subditos, caballeros y servidores juntos con los parientes y sus esposas, para tomar parte en una gran fiesta que se llevaría a cabo al mismo tiempo en que sesionaba el tribunal. El mensajero llegó a países lejanos y cercanos. Hasta Gales, Cornwall y Escocia llegaron llevando las invitaciones reyes; también los príncipes de Hibernia e Irlanda se comprometieron a asistir. La joven pareja se alegró especialmente con que las noticias de la suerte de su hija recientemente le habían llegado, debido al desorden en Inglaterra. En todo lugar hubo gran expectativa sobre esta fiesta, de tal manera que ningún caballero del reino que valorara su propia dignidad quería perderla.

El buen Gerardo interrumpió su relato, diciendo:

Yo mismo asistí a todos los preparativos de esta fiesta, de la llegada de los invitados, los saludos de recepción del rey, los alojamientos en un sinnúmero de toldos y de la fiesta misma. A pedido del rey debía permanecer junto a él todo el tiempo. Excepcionalmente pomposa fue la llegada del rey Raymundo de Noruega, con su séquito de mil caballeros.

Cuando anunciaban que estaba por llegar, el rey y la reina montaron y fueron a su encuentro hasta el campamento donde estaban erigidos sus toldos, que ocupaban gran espacio. Con alegría abrazó la hija al padre, quien durante tanto tiempo la había echado de menos, en qué forma conmovida besó el rey a su hija a quien había considerado perdida!

Junto a la alegría y al júbilo se veían rostros tristes; eran aquellos que habían perdido sus parientes y amigos en el barco del joven rey, que había naufragado con la tormenta y del cual sólo se había salvado el joven rey.

Pero además de ello -continuó Gerardo- cuando recorrí el gran campamento de toldos con sus espacios especiales para cada uno de los príncipes y su séquito, en todas partes se notaba el espíritu festivo, banderas y banderitas ondulaban sobre los toldos en las que gran variedad de escudos indicaban la diferencia de los huéspedes. Desde los tiempos del gran rey de los ingleses, Arturo, no se había visto tal magnificencia y tal número de príncipes y nobles reunidos. De todas partes se oían cantos y música de instrumentos de cuerda, de flautas y violines, se veían danzas alegres, se escuchaban los gritos de los torneos, acompañados del ruido de tambores y trompetas.

Ni la oscuridad pudo poner fin a esta alegría, en todas partes se habían encendido antorchas y lámparas que convirtieron la noche oscura en un día claro. Se oían dulces canciones de amor y valientes cantos heroicos, escuchados desde las ventanas por las nobles señoras y sus acompañantes. Hubo un continuo ir y venir, saludos y gritos alegres entre los invitados, palabras de broma entre los viejos y los jóvenes; muchas amistades viejas fueron renovadas y muchas nuevas concretadas.

Al día siguiente, los caballeros se presentaron nuevamente a los torneos, luchando individualmente o en grupos (bhurt) y recibieron como vencedores premios valiosos de manos de la pareja real o de las nobles damas. En el gran banquete ordenó el rey que yo me sentara junto a la reina y que mi hijo tomara asiento a su lado, honores, que hasta entonces ciertamente no habían recibido jamás miembros de mi clase de comerciante. Ocurrió que, en el momento cuando se estaba por levantar la mesa y aprontarse para partir, se acercaron al lugar del rey unos príncipes; éstos eran los que habían atentado contra el orden del país mediante la violencia y el levantamiento y que habían

llegado por indicación del rey para rendir cuenta. Acongojados cayeron de rodillas ante él y conscientes de su culpa imploraron clemencia. Todos los presentes se sentían conmovidos por el arrepentimiento de ellos y pidieron al rey que los perdonara; pero sin resultado! El rey mantuvo firme su sentencia de que las acciones merecían la muerte; pero logramos obtener su clemencia al convencerlo de que les perdonara la vida a los culpables y ordenó su expulsión del reino y que no podrían regresar sin su autorización.

Así lo juraron inmediatamente, pero muchos suspiraron dolorosamente al hacerlo y también sus parientes y servidores manifestaron en sus miradas tristeza, pensando en la incertidumbre y la pena que les depararía el extranjero.

Cuando se retiraron todos muy apenados, el rey se dedicó a un asunto más alegre; junto con sus amigos consideró en qué forma me devolvería los bienes que yo había dado oportunamente para la liberación de ellos. Se llegó a un acuerdo de otorgarme un ducado. Su nombre era Kent, situado al sur de Inglaterra. El rey comunicó solemnemente a todos los reunidos, haciendo recordar una vez más los hechos y la forma como él había perdido todo; país, corona, amigos y esposa, honor y dignidad, y cómo por la ayuda de Dios y la mía lo había recuperado, como también yo había sacrificado la felicidad de mi hijo devolviéndole la esposa.

Y al fin -dijo-, renunció en su gran amor y humildad a la corona y al poder que se le había ofrecido. "No podré pagar nunca dignamente su bondad. ¿Que dios lo bendiga en su clemencia celestial! Yo solo puedo restituir su sincero sacrificio con bienes materiales y así lo haré; reciba aquí los cincuenta mil ducados que ha pagado de rescate por mi esposa y por mis amigos. Tómalos! Además, quiero darte el poderío sobre el ducado de Kent más doce veces el valor de lo que has pagado por nosotros. Todo lo que pretendas dentro de mi país te será concedido, tan pronto como tú lo pidas. Siempre tú y tu querido hijo serán lo más cercano a mi trono, como mis mejores consejeros."

Dije yo a esto:

- "Querido señor, usted me ha honrado demasiado con vuestro ofrecimiento, nunca podré dar suficientes gracias. un ducado puede ser solo administrado por un príncipe y por mi nacimiento no poseo este rango. Cuantos condes y nobles señores merecerían este condado por su hombría y linaje. Si yo tuviera poder sobre ellos, cuan humillados y avergonzados se sentirían. Si usted, querido señor, realmetne quiere recompensarme por lo que he hecho, prométame proceder según mi voluntad."

- "Todo lo que tú quieras y desees, querido padre.

- "Pues le ruego conceda a los caballeros a quienes por severa sentencia ha exilado vuestra clemencia. Déjelos que vuelvan a vivir en paz y amistad en el país, sin castigo ni humillación. Si procede así, entonces realmente me ha concedido suficiente tierra, gente y honores, que ya no pretenderé nada más."

Al negarme nuevamente, quiso otorgárselo a mi hijo, quien dijo:

- "Lo que mi padre considere justo será justo para mí y aquello que acepte mi padre aceptaré yo."

Por último, el rey me ofreció la comarca de Londres con todos sus bienes, en tierra y gente. Corona y poder, condado, ciudad y comarca y todos los honores los reuní en mi corazón y los sacrifiqué a aquel Dios que se ha sacrificado por nosotros ¡Jesucristo!

Entonces dije:

- "Querido señor, todas estas cosas son demasiado elevadas para mí. Hay un cierto número de nobles de esta ciudad cuyas dignidades son mayores que las mías. No me corresponde que uno solo de ellos se encuentre bajo mi mando y tenga que servirme."

Ya que el rey se dió cuenta de que yo no quería aceptar de modo alguno estos honores, me ofreció en reemplazo lo triple en plata y mercancía. A los pedidos de la reina acepté llevar algo de oro y plata cuando partiera.

La reina se alegró y el rey quedó satisfecho.

De pronto se acercaron los caballeros que habían sido expatriados y para quienes había logrado la clemencia del rey, se arrodillaron ante mí y me dijeron con lágrimas de alegría en los ojos:

- "Buen padre, por intermedio de tu persona Dios nos ha demostrado su piedad. ¡Alabado sea el día de tu nacimiento! ¡Que Dios te ampare y te dé eterna felicidad con tus ángeles!"

Me besaron las manos y los pies, a pesar de oponerme, y finalmente me dejaron.

Había ganado tal reconocimiento del pueblo, que en todo lugar donde aparecía era saludado respetuosamente, también se me aclamaba con vivas y bendiciones.

Recién ahora participaron alegremente de las festividades el grupo de aquellos caballeros.

La gran fiesta real duró tres días, durante los cuales todos los pobres fueron obsequiados en forma abundante y a los caballeros nobles fueron otorgadas nuevas tierras, derechos y objetos valiosos de toda clase.

Pasado el tiempo, los nobles huéspedes se despidieron para regresar a su ciudad o castillo, a su país próximo o lejano. La reina se despidió tristemente de su padre, el rey Raimundo, quien me juró amistad eterna. Un gran número de los huéspedes también me dieron las gracias, en especial los parientes del joven rey, quienes me prometieron recordarme y prestarme cualquier ayuda en caso de necesitarla.

Yo también consideré que había llegado el momento de la despedida. Y a pesar de que la pareja real no lo deseaba así, yo comencé con los preparativos del viaje.

Mi barco fue puesto nuevamente en condiciones; anclado a la orilla, el rey lo hizo equipar con abundantes provisiones para el viaje.

Cuando llegó el día de la partida, el rey convocó a todos los caballeros por mí liberados para que me despidieran insistió otra vez en que aceptara una compensación por todos los bienes que yo había perdido; también la reina me pidió de todo corazón que llevara un regalo suyo a mi esposa, su "madre querida". Yo acepté, siempre que yo pudiese elegir. Trajeron entonces joyas de oro, piedras preciosas y plata en cantidades, que quizás superara diez veces el valor de los bienes por mí entregados. Y yo dije:

- "De todo esto me llevaré cuanto considere suficiente para mí y para ella"

Para no ofender a los que me lo ofrecían, elegí una hebilla y un anillo para mi esposa, ¡Nada más!; muy a pesar de la pareja real.

El rey y la reina ^{my} montaron sus caballos y me acompañaron al puerto hasta mi barco. Allí el rey me volvió a decir:

- "Vuestra partida me es dolorosa. Mi querido Gerardo, has hecho por mí lo que apenas un padre haría por su propio hijo. Tú eres como un nuevo padre y yo esperaba que viviéramos juntos hasta el fin de nuestros días. Ahora quieres partir. Para retenerte, con gusto hubiera sacrificado mis bienes. Cuando te veo, todas mis preocupaciones e inquietudes se alejan, tú, hombre bendito, has nacido para ayudar al prójimo."

Respondí:

- "Sabe Dios Cuánto me duele esta separación. Con cuánto gusto me quedaría con ustedes en este país; pero lamentablemente no puede ser así. Todo el amor de mi corazón queda con Ud. y con vuestro país. Si les he brindado algún bien, por pequeño que fuese, me alegro de ello. Que el Hijo de Dios les bendiga siempre a ustedes y a sus acciones."

Nos abrazamos y nos besamos, todos lloramos por el dolor de la partida.

Después mi hijo y yo subimos al barco que se alejaba lentamente de la costa e iba remontando el río hacia el mar. El rey y la reina quedaron en la orilla mientras nos pudieron divisar y nos hicieron llegar su último adiós. De esta manera partí. Posteriormente supe que el rey gobernaba su país en forma digna y gloriosa, en paz y justicia, de modo que su nombre y el de la reina eran pronunciados por doquier con respeto.

A mi regreso a la patria, todos mis amigos me brindaron una recepción muy cordial y fue festejada la victoria del amor. Mis acciones parecieron a la gente mucho más grandes y alabables de lo que fueron, por esta razón me llaman "El Bueno". Pero yo no tengo ningún derecho a este nombre, en realidad no soy bueno, sino un pobre pecador. Más de lo que he contado, mi emperador, no he hecho. Si esto lo quiere, llamar "bueno" -está bien- ¡Quiera Dios que en el futuro le pueda servir en mejor forma, borrando así el pecado de vanagloriarme, contando a usted todo esto!

EL EMPERADOR SIENTE PROFUNDAMENTE EL RELATO DEL BUEN GERARDO

Ya mientras el buen Gerardo estaba narrando, el emperador reconoció cuánto había pecado él mismo con su ansia de gloria y sintió una vergüenza ardiente de modo que suspiró pleno de remordimiento, pensando en su propia arrogancia y en la bondad y la humildad de aquel simple comerciante.

Finalmente dijo:

- "Querido Gerardo y con toda razón llamado "Buen Gerardo"! Te ha parecido pecado narrarme tu historia. Por Dios que no, con esto me has hecho el mayor bien que si la hubieras ocultado. Ay! si yo tuviera tu modo de pensar, buena falta me hace. Tu buena acción supera cien veces mi débil obra en favor de Dios: he ordenado hombres, condes y príncipes para servir a mi institución; tú has librado una multitud de ellos y los has conducido a la libertad, únicamente en nombre de Dios. Has escogido una reina noble por esposa para tu hijo, pero cuando la suerte mandó a ella el verdadero y primer esposo, tú y tu hijo la entregaron enseguida en el nombre de Cristo. Después dejaste corona y reino, gloria y honores terrestres en nombre de Dios y por tu salvación eterna. Por favor, ruega a Dios que se compadezca de mí, gran pecador, y que me perdone por intermedio de tus buenas acciones"

Respondió el buen Gerardo:

"Dios que por nosotros se hizo hombre, nos dé su clemencia y nos indique el camino para que durante este corto lapso terrenal no olvidemos el mundo divino y aspiremos a él, pues sólo en donde el tiempo no transcurre así como en la tierra y donde mil años son como un día, viven la verdadera fuerza y alegría."

"Amén!", exclamaron ambos el emperador y el mercader.

Después se levantaron y se dirigieron al patio, donde la gente había permanecido a la espera muy impaciente y curiosa por saber porqué la entrevista se había extendido tanto.

El Emperador se dirigió amablemente hacia ellos, diciendo:

"Queridos vecinos! Vuestro Gerardo conoce ahora meta y finalidad de mi viaje haciá aquí y mis pensamientos. Crean aquello que os comunique. Si el no quisiera hablar, aceptenlo igualmente, responderá a mi voluntad, Les ruego mantengan fidelidad al reino tal como lo habeis hecho hasta ahora y como lo he encontrado aquí, entre ustedes. Dios se los pagará como El recompensa a aquel que sirve fielmente a su señor. Condescendientes los despidió.

La gente se despidió cortésmente del emperador y se retiró como había llegado.

El emperador se despidió en forma cortés del arzobispo y emprendió viaje de regreso a su ciudad Magdeburgo.

Allá confesó su pecado a los sacerdotes y se sometió a severas penitencias por el pecado del orgullo.

Con el fin de que también otros pudieran aprovechar de su transformación, el mismo emperador relató todos estos hechos a su escribiente, quien anotará todo ésto para el provecho de futuras generaciones. Así surgió un libro que llegó a nuestros días, para que sirva de recuerdo y entretenimiento a jóvenes y ancianos.